«La iglesia sitiada» de Calderón, un tema de guerra en tiempos de guerra[1]

Beata Baczyńska

Uniwersytet Wrocławski

La iglesia sitiada es un auto de dudosa autoría en torno al cual se suman varios problemas. Sacado a la luz en 1952 por Ángel Valbuena Prat a la cabeza del III volumen de la edición de Aguilar de las *Obras completas* de Calderón despertó voces polémicas por parte de los calderonistas ingleses. Edward M. Wilson en un artículo publicado en *Modern Language Review* en 1964 subrayó que se trataba de uno de los enigmas calderonianos que la edición de Valbuena Prat no resolvía. Alexander A. Parker [1983: 246-249] unos veinte años más tarde, en el apéndice dedicado a la cronología de los autos, incluido en la versión castellana de su fundamental *Los autos sacramentales de Calderón de la Barca*, declaró que *La iglesia sitiada* habría que eliminarla de la edición de Valbuena Prat por apócrifa. Enrique Rull en la edición de *Autos sacramentales* de Calderón para la Biblioteca Castro, siguiendo a Valbuena Prat, puso *La iglesia sitiada* a la cabeza del primer volumen de la colección. En la introducción leemos que se trata de

> un auto de planteamiento temático curioso: el asedio de la Iglesia por sus enemigos tradicionales [Judaísmo, Gentilidad, Secta de Mahoma, Herejía], pero resuelto con escasa inspiración, pedestre escritura, y ceñido a una argumentación doctrinal sin alas que lo eleven de un nivel rutinario de diatriba contra las religiones no católicas. El tono combativo contra la Herejía principalmente hace presumir que estamos en los años

[1] El estudio forma parte del proyecto «Pedro Calderón de la Barca: drama, teatro e historia» financiado por el Comité Nacional de Investigaciones Científicas (KBN, Polonia) en los años 2003-2006; resumo aquí algunas de las observaciones que pienso incluir en la introducción a la edición crítica de *La iglesia sitiada* que estoy preparando para la colección *Autos sacramentales completos* de Pedro Calderón de la Barca.

cruciales para España de la Guerra de los Treinta Años. Esto permite suponer una alusión a los triunfos del Cardenal Infante, y por tanto me parece que a una fecha de composición cercana a Nördlingen (septiembre de 1634), y no anterior a 1630, como afirma Valbuena Prat. [Rull, 1996: XXV-XXVI]

Sin embargo, en el caso de *La iglesia sitiada* podemos ser aún más precisos, ya que el texto hace alusión directa a un suceso que tuvo lugar el 9 de junio de 1635, cuando «la Herejía/ eclipsó en Terlimón la luz del día» [Calderón, 1996: 40]. El nombre de Tirlemont (Tienen en flamenco) —una localidad en Flandes (cito una relación de la época) «cuyo Gobernador trató de rendirse por ser la plaza flaca, sin ninguna defensa, y mientras estaba a una puerta capitulando con el príncipe de Orange, entraron por otra los franceses, y hicieron los mayores estragos que se han visto» [*Relación,* 1636: 74v]— aparece en el texto del auto cuatro veces. Por primera vez en el verso 883, cuando la Herejía al verse abandonada en el campo de batalla —disuelta la Liga formada por la Gentilidad, el Judaísmo y la Secta de Mahoma a la cual quiso sumarse— decide atacar ella sola a la Iglesia respaldada por el Atrevimiento y la Discordia y exclama:

¡A fe que se ha de acordar
España de Terlimón! [Calderón, 1996: 37]

La alusión se le pasó por alto a Valbuena Prat [1952: 43]. Edward M. Wilson [1964], por su parte, sugirió que podría tratarse de un auto anterior que fue reescrito (reaprovechado) a raíz de lo ocurrido en 1635 y estrenado el día del Corpus Christi del año siguiente, es decir, el 22 de mayo de 1636.

Efectivamente *La iglesia sitiada* es un auto historial que se refiere a uno de los primeros eventos de la guerra entre Francia y España, una guerra que se veía más y más inminente a medida que se iba complicando el panorama político en Europa, que desde 1618 llevaba arrastrando un conflicto militar a gran escala implicando a España y a la Casa de Austria como defensoras de la religión católica. Creo que una lectura que preste más atención al desarrollo de los sucesos históricos a partir de junio de 1635 permite recuperar el valor político del auto cuyo argumento hacía referencia explícita a un tema de actualidad máxima: «la declaración de guerra de Francia, hecho que habría de hacer cobrar conciencia en Occidente de la más grave fractura del cuerpo político de la cristiandad» [Rodríguez de la Flor, 2005: 45-46].

Cuando a principios de junio de 1635 llegó a Madrid la noticia de que el 19 de mayo de 1635 se había presentado en Bruselas un heraldo francés para entregarle al cardenal-infante la proclama de guerra, Felipe IV

> a duras penas pudo contener su indignación por el comportamiento de su cuñado. En respuesta a una consulta del Consejo de Estado del 2 de junio de 1635 que recomendaba el embargo de las propiedades francesas en España, decía que «contra Dios, contra ley, contra naturaleza, ha roto el Rey de Francia conmigo la guerra... Este rey sin protestarme nada ni avisarme cuando yo trataba de apretar a los herejes me ha roto la guerra por favorecer la herejía. [Elliott, 2004: 539]

Observemos que Olivares —ya en esta primera sesión del Consejo de Estado tras «el rompimiento de los franceses en Flandes»— insistía en «la necesidad de publicar "un papel y carta general" dirigido a los príncipes de Europa y al papa, así como una serie de manifiestos que habían de distribuirse por toda Francia» [Elliott, 2004: 541 y 839]. No es de extrañar que el suceso —el saqueo— de Tirlemont se volviese una cita y referencia obligada en todos los manifiestos y libelos que abundarían a raíz del conflicto entre Francia y España, puesto que la «guerra de diversión» —que los franceses emprendieron en Flandes— abrió en seguida otro frente importante para el cual fueron reclutados escritores de ambas partes. Hemos de recurrir aquí a la fundamental monografía de José María Jover, quien recogió y analizó testimonios impresos y manuscritos de aquella polémica con el fin de dar semblanza —como subrayó en el título de su libro— de toda una generación. Decía en 1949:

> Para el español de 1635, las cosas del Imperio no andaban bien. La visión de la cristiandad germánica iba siempre enturbiada, a pesar de la reciente victoria de Nördlingen, por los sombríos colores de las correrías de Gustavo Adolfo; de los Príncipes católicos —el duque de Lorena típicamente— víctimas de una desdicha casi legendaria; de las ciudades destruídas; de los sacrilegios de los herejes; de los providenciales tajantes castigos; últimamente de los acontecimientos de Tillemont. [Jover, 1949: 171]

La noticia de la primera acción militar emprendida por las tropas francesas que culminó con actos de violencia contra la población civil y, en especial, contra personas e instituciones religiosas, llegaría a España hacia el final de junio (los despachos de Flandes solían tardar en llegar a Madrid unas dos semanas). Recordaré que el manifiesto de parte francesa titulado la *Declaración de Luis XIII* lleva fecha del 6 de junio 1635. ¿Llegaría a Madrid al mismo tiempo que las malas nuevas desde Flandes?

España en 1635 estuvo dispuesta a reunir todas sus fuerzas —diplomáticas y militares— en defensa de los valores que «la monarquía hispánica había adquirido el compromiso de sostener» [Elliott, 2004: 539]. Ya con fecha del 14 de junio de 1635 (antes pues de que las primeras noticias desde Flandes pudieran alcanzar Madrid) el conde-duque Olivares firmó un papel «sobre lo que se debe disponer para ejecutar la jornada de V.M.»[2], en el

[2] AGS, Est., leg. 2656, véase Elliott [2004: 546-547].

cual se esperaba ya para el día de San Juan disponer de doce mil soldados de infantería listos para el combate en Cataluña que en breve debería —en palabras de Elliott [2004: 546-547]— «convertirse en la plaza de armas de España, en el punto de reunión de un ejército de 40.000 hombres». En una de las relaciones de la época leemos:

> En 21. de Junio se echó pregón general en esta Corte, que todos los Caballeros, y hijosdalgo se apercibiesen para acompañar a su Majestad en esta jornada, so pena de no gozar los privilegios de tales. Sus Majestades no fueron como suelen al Retiro la noche de San Juan, aunque se había prevenido gran fiesta, por no alegrarse en ocurrencia de guerras comenzadas entre Católicos. [*Relación* 1636: 79v]

Se suspendió la representación de *El mayor encanto, amor* que no se estrenaría hasta el día 29 de julio de 1635[3]. Las embajadas extranjeras informaban sobre los preparativos para la guerra. Sir Arthur Hopton escribió desde Madrid en junio[4]:

> Es opinión general que el rey va a acudir en persona a esta guerra y, si va, aparecerá sin duda alguna como un príncipe de extremada gallardía, pues es rey en sus partes tan noble de cuerpo y espíritu como no ha habido otro en estos reinos, y siendo como es sobremanera aplicado, no puede con el ejercicio sino alcanzar muy grande perfección. [Elliott, 2004: 552]

Por su parte, el secretario del embajador de los Medici, Bernardo Monanni, con fecha del 30 de junio 1635, informaba que el padre Antonio Camasa del Colegio Imperial había recibido la orden de impartir clases del arte de la fortificación al conde-duque de Olivares en un apartado patio de palacio para que el rey pudiera escucharlas desde una ventana sin ser visto [Elliott, 2004: 552]. Las Cortes de Castilla, no sin problemas, aprobaron el 9 de julio nueve millones de ducados a pagar en tres años «para los gastos de su Real persona cuando salga a campaña a hacer la guerra a Francia»[5]. Elliott [2004: 553] escribe que: «Durante todo el mes de julio hubo mucha agitación con los preparativos para el viaje de Felipe a Cataluña, donde había de ponerse al mando del ejército que debía invadir Francia». Las noticias de Flandes caldeaban el ambiente: las cartas de los padres de la Compañía de

[3] La confusión de las fechas del estreno de *El mayor encanto, amor* que se desprende de las cartas de los jesuitas [Shergold, 1958], la disipa la correspondencia de Bernardo Monanni, secretario de la embajada de los Medici [Whitaker, 1997].

[4] La carta está fechada en 13 de junio 1635 según —creo— el calendario juliano (en Inglaterra se adopotó el calendario gregoriano hasta 1752), pues sería despachada desde Madrid el 23 de junio de 1635.

[5] *Relación* [1636: 79v]; véase Elliott [2004: 551-552]: «La ruptura de las hostilidades con Francia proporcionaba a la corona un pretexto para solicitar nueve millones de ducados a pagar en tres años; pero a pesar de las advertencias del arzobispo de Granada, presidente del Consejo de Castilla, de que se mantendría encerrados a los procuradores hasta que votaran la concesión del dinero, no hubo manera de alcanzar la mayoría, y se necesitaron varios días más de intensas presiones para ver aprobado el servicio el 9 de julio».

Jesús permiten seguir el hilo de sucesivos correos. El 10 de julio de 1635, desde Amberes, el padre Arnaldo Flemingo informaba al padre Fabián López, también jesuita, que en Flandes los franceses:

> vinieron marchando hacia una villa que se dice Tirlemon (Tillemont), que confina con el país de Lieja que es neutral: entráronla, quemáronla, saqueáronla, y las crueldades que en ella hicieron particularmente con mujeres, personas eclesiásticas, frailes, monjas, fue tal, que apenas se lee tal cosa de las naciones más bárbaras del mundo: dejo las torpezas y deshonestidades, que no perdonaron a niñas de 8, 9 a 10 años. [*Cartas,* 1861: 211-212]

No sabemos cuándo pudo haber llegado esta carta a las manos de su destinatario en España, es probable que tardase semanas o incluso meses, ya que la guerra con Francia rompió directas rutas de correo entre Flandes y la península Ibérica. Sin embargo, en Madrid ya «Desde 11 a 13 [de Julio] se descubrió solemnemente el Santísimo en San Gil, por mandado del Príncipe nuestro señor, para aplacar a Dios, sus Majestades, y Alteza fueron a visitarle el día primero» [Simón Díaz, 1982: 439]. Una semana más tarde, el 17 de julio de 1635, llegaron nuevas que disiparon algo la preocupación por la suerte del mando del ejército español confirmando las atrocidades cometidas en Tirlemont:

> De Flandes vino correo del Sr. Infante, y se verificó había sido falsa la voz que los franceses habían echado de que le habían dado rota. Mudó su alojamiento que estaba entre Tirlemon y Diste, y pasóse entre Lovaina y Bruselas sin perder un soldado. Los franceses, viendo desamparado a Tirlemon (Tillemont), le entraron e hicieron en él grandes insolencias; quemaron gran parte del pueblo, mataron muchos religiosos, y a las religiosas viejas quemaron, a las mozas forzaron y robaron lo que pudieron. Olvidábaseme decir como al Santísimo Sacramento le echaban por suelo y lo daban a los caballos, y como un fraile agustino que en la entrada desde una parte de la muralla mató algunos franceses, le crucificaron en ella. A las imágenes las degollaban y arcabuceaban. El general es el mariscal Jatillon (Chatillon), hereje, que de estos se sirve aquel rey. [*Cartas,* 1861: 215]

La actuación de los soldados francesas en Tirlemont estremeció a la opinión pública en España. Con fecha del 12 de julio Francisco de Quevedo firmó su carta dirigida «Al Serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII [...] en razón de las nefandas acciones y sacrilegios execrables que cometió contra el derecho divino y humano en la villa de Tillimon en Flandes mos de Xatillon, hugonote, con el ejército descomulgado de franceses herejes» [Quevedo, 1966: 992-1009], de la cual se conocen como mínimo siete ediciones del 1635 [Arredondo, 1987]. Puede resultar al menos curioso que Juan de Jáuregui, tratándose de un

escrito de estas características, considerase oportuno criticar «el desafuero y descompuesta lengua de algún vasallo contra aquella alta Majestad» aduciendo que «la carta [de Quevedo–B.B.] atropella todo el decoro»; las citas proceden de un memorial dirigido a Felipe IV en el cual Jáuregui —según el epígrafe que lo acompaña— «Muestra la singular honra de España: aprueba la modestia en los escritos contra Francia [...]» [Jauralde Pou, 1998: 694]. Todas las relaciones y escritos de carácter propagandístico que datan de 1635, y aun los de los años siguientes, insisten en los atroces detalles de lo ocurrido en Tirlemont, y así en un libelo titulado *Respuesta de un vasallo de su Magestad, de los Estados de Flandes, a los manifiestos del Rey de Francia*, leemos[6]:

> Esto sucedió a nueve de Junio el Sábado de la Octava, cuando el Santísimo Sacramento del Altar estaba descubierto al pueblo en todas las iglesias, los impíos pusieron sus manos sacrílegas, en los vasos sagrados, pisándolos, y dando de comer a los caballos lo que adoran los Ángeles; rompieron las imágenes, violaron las Vírgenes consagradas a Dios; martirizaron a los sacerdotes y religiosos, quemaron las iglesias, y los monasterios, y en suma ejecutaron las crueldades más bárbaras que se pueden imaginar. Y no hay de que se espantar desto, sino aguardar lo mismo en cualquiera parte, pues los principales cabos de los ejércitos del Rey de Francia son los más obstinados herejes de su Reino, como el Duque de Roan, y los mariscales de Chatillon, y de la Force; los cuales tienen poder de proveer los oficiales, y prefieren siempre los herejes a los católicos, para ejecutar mejor sus pasiones, y molestar tanto mas los pobres católicos inocentes. [*Respuesta,* 1635: 62-63]

El auto *La iglesia sitiada*, que incluye el relato de lo ocurrido en Tirlemont en un patético parlamento que dirige la Gentilidad a la Iglesia, parece seguir casi a pie de letra una relación muy concreta. Se trata de un impreso que salió en Madrid en la imprenta de la Viuda de Juan González a finales del año 1635 titulado *Copia de avisos enviados de Flandes al Excelentíssimo Señor Marques de Valparaíso, Virrey y Capitán general de Reino de Navarra y sus fronteras, de lo que ha sucedido en aquellos Estados, y en Alemania, hasta dos de Septiembre deste año de mil y seiscientos y treinta y cinco*[7]. El texto por sí mismo remite a otras relaciones que hicieron correr la voz sobre —cito— «las crueldades que usaron en Terlimon estos enemigos de la Iglesia, [que] fueron tan inhumanas y nunca vistas, que nadie las podra creer» [*Copia,* 1635: 66v]; mencionando explícitamente el folleto que citamos arriba: «[...] veralas V. Excelencia en bosquejo, por una respuesta que hizo un Religioso a los manifiestos que el Rey de Francia publicó, quando rompió la guerra con nosotros» [*Copia,* 1635: 66v]. En adelante subraya:

---

[6] Véase Jover [1949: 293 y ss.], asimismo López Estrada [1984], Granja [1994]; le agradezco a Elena E. Marcello compartir conmigo sus dos trabajos en los cuales habla del saco de Tirlemont [Marcello, 2004, 2006].

[7] Cito por *Sucesos de 1636*, BN mss. 2366, f. 66r-68v.

Y aun queda corta, pues no relata sino por sobrepeine las crueldades de los Franceses, a las que allí dice se pudieran añadir otras (pero aunque las demás se callen) diré sola una por ser tan rara. Y es que habiendo entrado una escuadra de soldados a robar y profanar un Templo, hallaron escondida en un hueco de un Altar a una mujer, con una criatura de siete meses en los brazos, y sacándola arrastrando del escondrijo, le quitaron la criatura, y desnudándola, y desenvainando las espadas, la echaron para arriba cuán alta pudieron, y al bajar la recibieron en las puntas dellas; desuerte, que el Ángel dio el alma a su Criador, clavada en nueve espadas, y arrojándola por aquel suelo, acudieron a la madre, que del espectáculo estaba más muerta que viva, y a una Imagen de la soberana Reina de los Ángeles, a quien la pobre mujer invocaba, la cortaron las narices, y la arrasaron el rostro, diciendo a la mujer: «Mira a quien pides favor, pues ella no se defiende». [*Copia,* 1635: 66v]

En el auto el cruel episodio lo narra en octavas reales la Gentilidad, que ha sido la primera en abandonar la Liga y unirse con la Iglesia:

Los bárbaros soldados infelices,
no respetando imagen de escultura
ni divinos corales ni matices,
si no por devoción a la pintura,
con sacrílegas manos las narices
cortaron a un retrato de luz pura,
imagen de la Virgen sacrosanta
que te sirve de cándida garganta.
A una mísera madre que afligida
amparaba a un hijuelo, y de su pecho
el blanco néctar le produjo vida,
dos agravios apóstatas le han hecho;
su honestidad dejaron deslucida,
y al infante arrojaron hasta el techo,
y luego le reciben en las puntas
de las espadas bárbaras muy juntas. [Calderón, 1996: 40]

El autor de la *Copia de avisos* comenta al respecto, refiriéndose a «la toma tan milagrosa del importantísimo fuerte del Esquenque, de que ha procedido todo nuestro bien, y abatimiento del Holandés» [*Copia,* 1635: 67r]:

Esto es fuerza que Dios lo castigue, y va mostrando que lo hace así, en la victoria que nos ha dado contra ellos; pues de cuarenta mil hombres de franceses que entraron

en estos países, no llegan hoy las reliquias que dellos han quedado a seis mil, y estos están en Holanda al abrigo del enemigo, donde se habrán de quedar: los demás se han ido deshaciendo, muriéndose de hambre y pestilencia, y así en la retirada, como en el sitio de Lovaina, y en otros reencuentros les hemos muerto más de diez mil hombres. Han quedado los villanos destos Estados tan escandalizados de lo de Terlimón, y tan emperrados contra los Franceses, que han muerto muchísimos, y salían a caza dellos como si fueran conejos. [*Copia*, 1635: 66v-67r]

En *La iglesia sitiada* las acciones militares en Flandes las resumen el Atrevimiento y la Discordia. Se nombra al emperador de Austria y al cardenal-infante. Valga observar que Olivares contaba con que Viena se comprometiera en la guerra contra Francia. Sin embargo, Fernando II a pesar de la presión española no declararía formalmente la guerra a los franceses hasta marzo de 1636.

Atrevimiento. Huye, soberbia Herejía,
no blasones, arrogante,
porque el César y el Infante
con católica porfía,
como son los defensores
de la Iglesia, los dos vienen
a castigarte, y ya tienen
deshechos tus valedores.
Apenas queda soldado
de aquellas que en Terlimón
burlaron la religión
que no esté despedazado.

Sale la Discordia

Discordia. Retírate, Apostasía,
porque el cielo llueve furias
para vengar las injurias
del Pan que causa alegría.
A tu gente ha dado peste
ya su intrínseco temor
huyendo va sin valor
de la fábrica celeste.
Y los soberbios caballos,
por la facción de sus dueños,

muy furiosos y sin frenos
ira abortan por los campos
y a sus mismos dueños matan.
Horror tendréis si los miras,
que parece que las iras
de los cielos se desatan. [Calderón, 1996: 42-43]

Copia de avisos fue concluida por su autor, cuyo nombre ignoramos, en Dun-querque el 2 de septiembre de 1635 según se desprende de la nota que cierra la relación [*Copia,* 1635: 68v]. La toma de Esquenque por las tropas del cardenal-infante tuvo lugar el 26 de julio de 1635 y la noticia llegaría a Madrid unas semanas más tarde. La gran fortaleza holandesa de Schenkenschans en la frontera entre Cleves y Gelderland estaba situada en la confluencia del Waal y el Rhin, por lo tanto, suponía «una de las llaves de acceso a las Provincias Unidas» [Elliott, 2004: 545]. Cuando a finales de mayo de 1636 se supo en Madrid que Esquenque el día 30 de abril había caído en manos del ejército de Fedrico Enrique, Olivares abatido por la noticia escribió al cardenal-infante que era «la mayor joya que el Rey nuestro señor tenía en esos estados para poder acomodar sus cosas con gloria» [Elliott, 2004: 556].

Todos los planes estratégicos y políticos de Olivares se iban haciendo en función de Esquenque desde que se supo de la toma de aquel importante fuerte. La escasez de dinero para pagar las elevadas cuentas que originaba la guerra condujeron a otra crisis monetaria más en España: con fecha del 11 de marzo de 1636 se mandó a quienes poseyeran la calderilla que la entregaran a la cecas para que la corona pudiera acuñar moneda nueva con un valor tres veces superior. El mismo conde-duque dijo en una carta escrita tres días después, 14 de marzo de 1636, al cardenal-infante que era «el peor de los medios» y que —sigo a Elliott [2004: 566]— «la medida que acababa de adoptar era "la cosa más dañosa y más injusta que jamás se hizo", aunque la defendía por ser la única manera de poder pagar a los ejércitos, al menos hasta finales de septiembre». En la misma carta con su acostumbrada exageración Olivares subrayó: «Sin el Squenque, no hay nada, aunque se tome París, y con él, aunque se pierda Bruselas y Madrid, lo hay todo» [Elliott, 2004: 556]. Estas palabras le llegarían a las manos del cardenal-infante en abril, en fechas, pues, muy cercanas a la pérdida de Esquenque; sabemos por tanto que la noticia de la caída del fuerte le llegó al conde-duque en unas tres semanas, ya que el 25 de mayo de 1636 —al ver que los planes suyos de una operación militar coordenada en todos los frentes, conseguida por fin en marzo la declaración de Austria a favor de la guerra contra Francia, se deshicieron como si fueran castillos en el aire— sin poder contenerse, le escribió al cardenal-infante: «grande golpe, señor, para el Rey nuestro señor, grande para toda España» [Elliott, 2004: 556].

Desde junio de 1635 se estuvo preparando la salida de Felipe IV al mando del ejército español hacia el sur de Francia. Sin embargo, la jornada real se iba aplazando por falta de dinero y porque se temía que la llegada del rey a Cataluña complicaría aún más la situación política del Principado. Aun medio año después de la declaración de guerra, el 13 de enero de 1636, el conde-duque firmaba un nuevo memorial en el cual insistía en que todo debía estar listo para que la comitiva real saliera de Madrid enseguida. El 21 de enero se tomó la decisión de dar la orden de marcha que nunca se llegó a ejecutar.

Agustín de la Granja en su momento llamó la atención sobre una loa atribuida a Luis Quiñones de Benavente titulada *Loa famosa entre la Iglesia y el Celo*, proponiendo, por un lado, «reflexionar [...] sobre la posibilidad de que esta breve pieza hubiera podido ser escrita por don Pedro Calderón de la Barca», por otro, señaló que se trataba de un texto en el cual era «imposible deslindar los aspectos políticos de los religiosos» [Granja, 1994: 160]. En la loa escuchamos el eco de los preparativos militares y de la determinación del monarca español y su valido para poner «todas sus fuerzas» en defensa de la Iglesia. Dice el Celo a la Iglesia que «llorosa y triste» quiere hacer llegar «al pastor que [la] gobierna [...] un memorial»[8] [Cotarelo y Mori, 2000 (1911): II, 840]:

Iglesia, el cuarto Felipe
y el Acates que gobierna
hoy dos mundos en su nombre,
ha puesto todas sus fuerzas
hoy en tu defensa: fía
en Dios y en la diligencia
deste invencible monarca;
que de cuantos a tu ofensa
cooperan atrevidos,
han de triunfar sus banderas.
Toma aliento, Iglesia mía,
no desmayes, que mi diestra

[8] En Venecia en 1635 salió impreso un panfleto, que resumía la situación política en la Europa de aquel momento, dirigido explícitamente al papa Urbano VIII, su amplio frontiscipio leía: *Defensa de España contra las calumnias de Francia, satisfacción a los engaños de su manifiesto, motivo de los intentos del Rey Cristianísimo, Verdad de los Designios del Rey Católico, en las alteracions de Europa, el Zelo de Cristiano, el Afecto de Español, y la lealtad de Vasallo la consagran a su religión, a su rey, y a su patria la verdad, la razón, la obediencia, y la justicia, la dedican a la Beatísima protección de Nuestro Santissimo Padre, Urbano Octavo, Pontifice Óptimo Máximo.* El texto fue escrito por José Pellicer y Tovar que con su acostumbrada habilidad para rehacer textos suyos y ajenos —recordemos su mala fama de plagiario— supo manejar al límite las fuentes ofreciendo una excelente muestra de propaganda política. María Soledad Arredondo [2000] le dedicó a «Pellicer reescribidor» un interesante estudio que nos permite observar aquí que el amplísimo abanico de textos que forman este singular palimpsesto tuvo que salir de algún despacho de estado, quizá del mismo conde-duque.

a tus pies he de poner
los mesmos que te blasfeman,
que en los católicos tengo
derramado por sus venas
mi celo y tu galardón
con que hoy a todos premias.
Yo, que de la Religión
soy el Celo, de manera
en sus pechos me introduje
que el rey mesmo en tu defensa
por ti arriesgara la vida,
como en peligro te vea [...] [Cotarelo y Mori, 1911 (2000): II, 840]

La loa alude directamente a la situación política posterior a los sucesos de Flandes a principios de junio de 1635 y, por lo tanto, permite tratar el Corpus Christi de 1635 como la fecha *post quem* para su composición y, asimismo, «probable estreno» del auto *La cena de Baltasar* que parece introducir[9]. El texto se inscribe claramente en el marco de una fiesta que ha de «[...] celebrar las grandezas/ deste divino manjar,/ deste pan de vida eterna» [Cotarelo y Mori, 1911(2000): II, 841], aunque creo más probable que no se trate del Corpus, sino de una celebración de desagravio, ya que el texto de la loa nombra explícitamente la parroquia de San Ginés como la promotora de la fiesta, dice el Celo dirigiéndose a la Iglesia:

[...] verás la opulencia
con que aquesta parroquial
de San Ginés, grave iglesia
aunque en la fábrica humilde,
hoy a sus enfermos lleva
el pan de vida, el maná
que el cielo llueve a la tierra.
[...]

[9] Dice el Celo: «La cena de Baltasar./ la alegoría discreta / es del auto con que os sirve/ mi humildad [...]» [Cotarelo y Mori, 1911 (2000): II, 841]. Agustín de la Granja [1994: 156] ubica (basándose en los anales de Henríquez de Jorquera [1987]) los sucesos de Tirlemont en marzo de 1635; por eso cree probable que tanto la loa, como el auto *La cena de Baltasar*, fuesen estrenados en el Corpus Christi del 1635. Sin embargo, al tomar en cuenta que el «horrible "ultraje"» del Santísimo Sacramento en Tirlemont en realidad tuvo lugar el 9 de junio, es decir, en la octava del Corpus Christi de 1635, hemos de enmendar la fecha *post quem* de la hipótesis propuesta por él.

Y no sólo esta parroquia,
que todas en Madrid muestran
cada año este afecto mismo,
aunque ninguna se esmera
como la que ves en dar
con invenciones diversas
de arcos, altares y danzas
lucimientos a esta fiesta. [Cotarelo y Mori, 1911 (2000): II, 840]

Las palabras que pronuncia la Iglesia remiten claramente a la situación política del momento:

Aunque siempre agradecida
debo estar a España, en esta
ocasión con mayor causa,
reconocida la deuda
en que le estoy; pues [no] ignoro
que por mi amparo y defensa
cualquier español osado
mil veces la vida pierda. [Cotarelo y Mori, 1911 (2000): II, 840]

Recordemos que en toda España a partir de julio de 1635 se siguieron celebrando actos en desagravio al Santísimo Sacramento «en recompensa de los ultrajes que le hicieron los herejes en Terlimón de Flandes» [Henríquez de Jorquera, 1987: 754], que por cierto tomarían una forma espectacular en algunas de las ciudades españolas durante el Corpus Christi del año siguiente. Éste sería el caso de Córdoba donde el Corpus de 1636 se celebró con particular esplendor siendo su principal referente lo ocurrido en Tirlemont según se desprende de la relación titulada *Espirituales Fiestas que la Nobilíssima Ciudad de Cordoba hizo en desagravios de la Suprema Magestad Sacramentada* que salió impreso a costa de la ciudad en 1636 [véase García Gómez, 1993]. Es más, en el mismo auto *La iglesia sitiada* se hace una directa alusión a los actos en desagravio. La Iglesia dirigiéndose al Atrevimiento y la Discordia, ministros de la Herejía, dice:

Con esto que en Terlimón
vuestros soldados han hecho,
ensalzado habéis la Iglesia
del divino Sacramento.

Pues no quedará en España
ermita, iglesia ni templo
que en desagravio de Cristo
no haga fiestas al misterio
del altar, y lo que es llanto
agora en todo mi cuerpo
con la comunión sagrada
será regocijo inmenso.
Ya me parece que miro
en parroquias y conventos,
y en catedrales, iglesias
con maravilloso afecto
y majestuosos adornos,
reiterando y repitiendo,
en el discurso del año,
el eminente, el excelso,
y el más celebrado día
del Corpus Christi, a quien debo
todas mis solemnidades,
y ya en lágrimas deshechos
comulgar veo a mis hijos
con un singular afecto. [Calderón, 1996: 45-46]

El carácter performativo del discurso constituye una clara autorreferencia al marco festivo de las celebraciones, de las cuales el auto mismo tuvo que formar parte permitiendo ubicar su composición en las fechas cercanas al Corpus de 1636. En las palabras de la Iglesia se escucha el eco de las múltiples descripciones que iban recogiendo el testimonio de los actos de desagravio. Y así, para dar un ejemplo, Francisco Henríquez de Jorquera en sus *Anales de Granada* menciona dos celebraciones: la primera fiesta tuvo lugar ya a finales de agosto de 1635 en el barrio de San Francisco:

> En veinte y seis dias del dicho mes de agosto deste año de 1635 se celebró una grandiosísima fiesta a los desagravios del Santísimo Sacramento, en el grandioso convento del señor San Francisco desta ciudad de Granada que la celebraron los caballeros de aquel barrio y en recompensa de los ultrajes que le hicieron los herejes en Terlimón de Flandes [...]. Salió su majestad por las calles que estuvieron curiosamente aderezadas y con grandiosos altares. [Henríquez de Jorquera, 1987: 754]

Jenaro Alenda y Mira al resumir una relación de esta solemnidad, que salió impresa en Granada en forma de «carta fecha en 1 de septiembre 1635, y dirigida a ciertos religiosos por el P. Fr. Juan Muñoz» [Alenda y Mira, 1903: 283], dice:

> Se describen prolijamente los adornos del templo de San Francisco, procesión, altares, etc. [...] «En las calles por donde anduvo la procesión, y en otras a los lados de los señores desta Real Audiencia, y de caballeros, hubo mas de cuatrocientas hachas, y en las de los más pobres, muchas luminarias, con que amanecieron un día clarísimo». Pasa a describir la procesión, a la que daban principio *los diablillos, más bien aderezadas que otras veces*; y tras ellos la Tarasca, Gigantes nuevos, varios caballeros, cien Terceros de la gente más honrada de la ciudad, 150 frailes franciscanos, y en medio seis danzas costosísimas, que terminaban la procesión, con extremo de Gitanos, cascabeles y saraos, etc. [Alenda y Mira, 1903: 283-284]

La relación menciona asimismo que: «En uno de los días de la octava se representaron dos autos sacramentales» [Alenda y Mira, 1903: 284]. Granada volvió a celebrar los actos de desagravio tres meses más tarde, el 18 de noviembre; Henríquez de Jorquera en sus anales anotó:

> Fue una de las mayores fiestas que se han visto porque se colgaron todas las naves desde la más alta cornisa, cosa maravillosa. Hubo en todas las capillas diferentes y grandiosos altares costeados por los cabezones de los tratos. Duró ocho días la fiesta con grandes invenciones de fuego. [...] Salió el primer dia su majestad por la calle y el día de la octava con muchas danzas, gigantes y tarasca y otras invenciones [...] [Henríquez de Jorquera, 1987: 758]

Aun en 1635 salió impresa en Granada la *Descripción de la grandiosa y celebre fiesta que la Santa Iglesia Metropolitana de Granada celebró al desagravio del Santísimo Sacramento, a 18 de Noviembre de 1635 años* escrita por Pedro de Araujo Salgado [véase López Huertas, 1997: III, 34]. Manifestaciones análogas se iban produciendo en toda España.

Queda la pregunta hasta qué medida aquella singular acción propagandística, por no decir mediática, a escala nacional contribuía a motivar el espíritu religioso y guerrero de todo un estado que sufría una creciente presión emocional —y cómo no fiscal— justificada por la necesidad de sacrificio para defender a toda costa la *pax austriaca* emprendiendo acciones militares donde hiciese falta. Robert A. Stradling a propósito de aquella —como se iba a ver pronto en Portugal y Cataluña— francamente insostenible situación escribe:

> De 1635 en adelante, la monarquía española vivió una época de guerra total. Tal afirmación se puede hacer con absoluta seguridad, ya que las definiciones creadas para tratar los conflictos globales del siglo XX son perfectamente aplicables en este caso. La

> estrategia y las necesidades defensivas del Gobierno dominaron completamente su política y alteraron todos los aspectos de la vida. Independientemente de que fueran escenario de campañas militares o colindaran con un estado enemigo, todas las provincias de Felipe IV, así como todos sus súbditos. [Stradling, 1983: 195]

El Corpus Christi del año 1636 cayó el día 22 de mayo: la máquina bélica estaba en marcha. El emperador de Austria acababa de declarar formalmente la guerra a Francia: Olivares apostaba por una victoria rápida sobre los franceses.

Estoy de acuerdo con Gerhard Poppenberg [2003: 139] que el auto *La iglesia sitiada* se ajusta a la política de guerra de Olivares y la carga de energía apocalíptica: a los protestantes se los compara con la rebelión y posterior caída de Lucifer. La liga se va deshaciendo ella misma: los sitiadores abandonan uno por uno la plaza sitiada quedando el hereje sólo. Vencido y atormentado rechaza la posibilidad de (re)conversión a pesar de la piadosa actitud de la Iglesia. Recordemos que la toma de Esquenque a finales de julio de 1635 por las tropas del cardenal-infante fue uno de los puntos claves en la campaña de Flandes en el que Olivares apoyaba sus planes diplomáticos y militares. Paradójicamente el día 22 de mayo, cuando la fiesta del Corpus Christi del año 1636, Esquenque ya llevaba tres semanas en manos holandesas. Ignoramos si la mala noticia ya la sabían en Madrid.

Es el primer auto calderoniano de toda una serie basada en el paradigma de asedio[10]. La ciudad sitiada queda identificada con Jerusalén —«[...] ciudad se llama/ y Jerusalén se nombra» [Calderón, 1996: 12]—, y por antonomasia con la Iglesia militante y triunfante tanto por ser fortaleza, como por acoger el primer templo de Salomón [Arellano, 2000: 116]. La alegoría fundamenta una singular teología política adquiriendo tonos inmediatos, si tomamos en cuenta la apremiante circunstancia del momento: la víspera de la invasión de Francia. (Puede resultar curioso que en el auto, a pesar de lo ocurrido en Tirlemont, no se mencione explícitamente a los franceses, ni tampoco a Francia en el texto. ¿Se trataría de una cuestión de *political correctness*?) Quiero recordar aquí que el auto se conoce también con el título *La iglesia perseguida* que parece apuntar aun en mayor grado hacia una postura defensiva.

La crítica hasta ahora ha insistido en las deficiencias de *La iglesia sitiada* tomándolas como argumento en contra de la autoría de Calderón. Sin embargo, si lo ubicamos en el contexto de los acontecimientos relacionados con el abierto enfrentamiento entre España y Francia a partir de 1635, su textura dramática adquiere un valor propagandístico inmediato. Recordemos que Calderón con sus 36 años, a caballo de 1635 y 1636, está haciendo carrera en la corte, prepara dos *partes* de sus comedias para la imprenta, se dispone a tramitar la

[10] Creo importante recordar aquí los demás títulos que entran en juego, a saber, además de *La iglesia sitiada*, *El socorro general*, *El cubo de la Almudena* y *Amar y ser amado y divina Filotea*.

petición del hábito de caballero de la Orden de Santiago. Es importante subrayar que fue él quien colaboró como dramaturgo en la preparación de dos fiestas cortesanas estrenadas, respectivamente, en 1635 y 1636: *El mayor encanto, amor*, cuyo estreno se pospuso un mes a raíz de la crisis franco-española de junio 1635, y *Los tres mayores prodigios*, la fiesta de san Juan del año siguiente, todo un manifiesto de bonanza de la Casa de Austria. Podemos decir sin exagerar que en aquel momento Calderón formó parte del equipo responsable por la creación de la imagen de la monarquía. Sabemos que estuvo muy activo por esas fechas, aunque desconocemos la exacta cronología de muchas de las obras que suponemos escritas y estrenadas por aquel entonces: ¿no serían las prisas del encargo las que pesan sobre la composición de *La iglesia sitiada*? Recordemos que Calderón al publicar en 1677 sus *Autos sacramentales, alegóricos e historiales* consideraría oportuno observar:

> Parecerán tibios algunos trozos; respecto de que el papel no puede dar de sí ni lo sonoro de la música, ni lo aparatoso de las tramoyas, y si ya no es que él haga en su imaginación composición de lugares, considerando lo que sería sin entero juicio de lo que es, que muchas veces descaece el que escribe de sí mismo por conveniencias del pueblo y del tablado. [Calderón, 1996: 4]

Él mismo volvió a utilizar el material compositivo de *La iglesia sitiada* en tres autos: *El socorro general*, estrenado en Toledo en 1644, que ofrece una interpretación alegórica de la guerra de Cataluña [Calderón, 2001]; *El cubo de Almudena* representado en las fiestas del Corpus Christi de 1651 en Madrid [Calderón, 2004] y, finalmente, *Amar y ser amado y divina Filotea*, el auto que no llegó a completar y que fue estrenado póstumamente en las fiestas madrileñas del Corpus Christi en 1681 [Calderón, 2006]. No es que la autorreescritura fuese un argumento definitivo a favor de la autoría de Calderón en el caso de *La iglesia sitiada*, sin embargo, aquella larga secuencia de cuatro títulos que abarca nada menos que 45 años parece implicar un cierto compromiso para con el motivo y algunos de sus detalles argumentales[11].

El síndrome de plaza sitiada sigue siendo aún hoy uno de los principales instrumentos de manipulación mediática: *La iglesia sitiada* lo fue en el momento en el cual el conde-duque Olivares se propuso poner en jaque al cardenal Richelieu. Sin embargo, la invasión de Francia, la gran empresa de 1636, resultaría un fracaso marcando definitivamente el fin de una época. La postura contrarreformista le costaría a España la pérdida de su papel hegemónico en Europa.

---

[11] Véase comentarios al respecto en las ediciones respectivas de Ignacio Arellano [Calderón, 2001: 34-39], y de Luis Galván [Calderón, 2004: 37-45].

Bibliografía

Alenda y Mira, Jenaro [1903]: *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

Arellano, Ignacio [2000]: *Diccionario de los autos sacramentales de Calderón*, Universidad de Navarra / Edition Reichenberger, Pamplona / Kassel.

— [2001]: *Estructuras dramáticas y alegóricas en los autos de Calderón*, Universidad de Navarra / Edition Reichenberger, Pamplona / Kassel.

Arredondo, María Soledad [1987]: «Notas para una edición de la Carta a Luis XIII de Quevedo», en *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, eds. Jesús Cañedo e Ignacio Arellano, Universidad de Navarra, Pamplona, pp. 13-37.

— [2000]: «Literatura polémica y reescritura en 1635. *Defensa de España contra las calumnias de Francia*, de José Pellicer», en *Criticón*, 79, pp. 47-64.

Calderón de la Barca, Pedro [1996]: *Autos sacramentales, I*, edición y prólogo de Enrique Rull Fernández, Biblioteca Castro, Madrid.

— [2001]: *El socorro general*, edición crítica de Ignacio Arellano, Universidad de Navarra / Edition Reichenberger, Pamplona / Kassel.

— [2004]: *El cubo de la Almudena*, edición crítica de Luis Galván, Universidad de Navarra / Edition Reichenberger, Pamplona / Kassel.

Cartas [1861]: *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648*, «Memorial Histórico Español» XIII, Imprenta Nacional, Madrid.

Copia [1635]: *Copia de avisos enviados de Flandes al Excelentíssimo Señor Marqués de Valparaíso, Virrey y Capitán general de Reino de Navarra y sus fronteras, de lo que ha sucedido en aquellos Estados, y en Alemania, hasta dos de Septiembre deste año de mil y seiscientos y treinta y cinco*, en *Sucesos de 1636*, BN mss. 2366, f. 65r-68v.

Cotarelo y Mori, Emilio [1911 (2000)]: *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, edición facsímil, estudio preliminar e índices por José Luis Suárez y Abraham Madroñal, Editorial Universidad de Granada, Granada, II vols.

Elliott, John H. [2004]: *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, trad. Teófilo de Lozoya, Crítica, Barcelona.

García Gómez, Ángel María [1993]: «El Corpus de 1636 en Córdoba: estructura y sentidos», en *Bulletin of Hispanic Studies*, LXX, 65-78.

Granja, Agustín de la [1994]: «Una loa para *La cena de Baltasar* y probable estreno (Madrid, 1635) del auto calderoniano», en *Hacia Calderón. Décimo Coloquio Anglogermano*, Passau 1993, ed. Hans Flasche, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, pp. 147-163.

Henríquez de Jorquera, Francisco [1987]: *Anales de Granada*, ed. Antonio Marín Ocete, Universidad de Granada, Granada.

Jauralde Pou, Pablo [1998]: *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Castalia, Madrid.

Jover, José María [1949]: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, CSIC, Madrid.

López Estrada, Francisco [1984]: «Costumbres sevillanas: el poema sobre la fiesta y octava celebradas con motivo de los sucesos de Flandes en la iglesia de San Miguel (1635), por Ana Cano Mallén», en *Archivo Hispalense*, LXVI, 203, pp. 109-150.

López-Huertas Pérez, María José [1997]: *Bibliografía de impresos granadinos de los siglos XVII y XVIII.*

Marcello, Elena E. [2004]: «El romance del "enredomado" de Álvaro Cubillo de Aragón», en *Analecta Malacitana*, XXVII, 2, pp. 463-500.

— [2006]: «El segundo "enredomado" de Álvaro Cubillo de Aragón y la campana de Velilla», en *Lectura y Signo*, 1, pp. 61-72.

Parker, Alexander A. [1983]: *Los autos sacramentales de Calderón de la Barca*, trad. Francisco García Sarriá, Ariel, Barcelona.

Poppenberg, Gerhard [2003]: *Psyche und Allegorie. Studien zum spanischen «auto sacramental» von den Anfängen bis zu Calderón*, Wilhelm Fink Verlag, Münich.

Quevedo y Villegas, Francisco [1966]: *Obras completas*, ed. Felicidad Buendía, Aguilar, Madrid.

Relación [1636]: *Relación de lo más particular, sucedido en España, Italia, Francia, Flandes, Alemania, y en otras partes desde [Marzo y] Abril del año pasado de 635, hasta fin de Febrero de 636*, en *Sucesos de 1636*, BN mss. 2366, f. 79r-84v.

Respuesta [1635]: *Respuesta de un vasallo de su Majestad, de los Estados de Flandes, a los manifiestos del Rey de Francia. Traducida del francés. Por don Martín Goblet, natural de Madrid*, Madrid, 1635 (encuadernado junto con *Francia engañada, Francia respondida por Gerardo Hispano*, BN 2/6649).

Rodríguez de la Flor, Fernando [2005]: *Pasiones frías. Secreto y disimulación en el Barroco hispano*, Marcial Pons Historia, Madrid.

Rull, Enrique y Torres, José Carlos de [1983]: «Hacia la delimitación de una teoría político-teológica en el teatro de Calderón», en *Actas del Congreso Internacional de Calderón y el Teatro del Siglo de Oro*, CSIC, Madrid, II, pp. 759-767.

Rull, Enrique [1996]: «Introducción», en Calderón [1996: IX-XLIII].

— [2004]: *Arte y sentido en el universo sacramental de Calderón*, Universidad de Navarra Edition Reichenberger, Pamplona / Kassel.

Shergold, Norman D. [1958]: «The First Performance of Calderón's *El mayor encanto, amor*», en *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXV, pp. 24-27.

Simón Díaz, José [1972]: *Impresos del siglo XVII: bibliografía selecta por materias de 3500 ediciones príncipes en lengua castellana*, CSIC, Madrid.

Stradling, Robert A. [1989]: *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, trad. Carlos Laguna, Cátedra, Madrid.

Sucesos de 1635, BN mss. 2366.

Valbuena Prat, Ángel [1952]: «Nota preliminar a *La iglesia sitiada* (antes de 1630)», en Pedro Calderón de la Barca, *Obras completas*, III, Aguilar, Madrid, p. 43.

Whitaker, Shirley B. [1997]: «Calderón's *El mayor encanto, amor* in Performance: Eyewitness Accounts by Two Florentine Diplomats», en *The Calderonian Stage–Body and Soul*, ed. Manuel Delgado, Bucknell University Press, Lewisburg, pp. 81-94.

Wilson, Edward M. [1964]: «*La iglesia sitiada* — a Calderonian Puzzle», en *Modern Language Review*, LIX, pp. 583-594.